



Claves de pensamiento

Chateaubriand, origen y fin del estado liberal

Armando Zero

Febrero de 2026

Chateaubriand, origen y fin del estado liberal

Armando Zerolo, profesor titular de Filosofía Política y del Derecho de la Universidad CEU San Pablo.

Sentido histórico del liberalismo

Todas las épocas son interesantes, aunque unas se vivan desde el sentimiento de la derrota, y otras con la sensación de estar fundando un mundo nuevo. Normalmente no es ni lo uno ni lo otro, y lo que nuestra inteligencia imagina como un momento crítico, no es más que un momento más en una sucesión de acontecimientos cuyo sentido último se nos escapa. Esto no significa que todas las épocas sean iguales, ni que en todas las épocas la intensidad de ideas, ebullición de acontecimientos, o sentimiento de cambio, sean idénticas.

El historiador que pone el foco de atención en momentos de aparente ruptura o discontinuidad puede encontrarse con una serie de contradicciones, oposiciones y sinergias que no hallaría en otros momentos. La razón es que las épocas que son percibidas como de cambio o ruptura producen tipos humanos extraordinarios. Precisamente por esa razón en esas épocas no solo levanta el vuelo la lechuza de Minerva, la razón hipostasiada, sino personajes concretos que encarnan una lucha personal por navegar el tiempo en

cambio, se encuentran ante el reto de construir futuro con los restos del pasado. De algún modo hay en ellos un poco de profetas, y otro poco de arqueólogos. Anuncian el sentido del momento presente, revelando un significado nuevo sobre una realidad que se ha vuelto anodina. Despejan la variable de la ecuación del tiempo para devolver la velocidad adecuada al transcurrir de un río heraclitiano. Y a la par, como los arqueólogos, desentieran un pasado vaciado de vida, para hacerlo revivir como aquellos renacentistas que encontraron entre los vestigios perdidos de la antigua Roma una propuesta de presente. ¡Qué divina locura sentirse llamado a recomponer el sentido de la vida según se vive, en el mismo instante en que acontece, con la sensación de estar elaborando el eslabón perdido entre el pasado y el futuro! Pensarse como un Aristóteles sintiendo el final de la polis e intuyendo que tu discípulo traería un mundo nuevo en su jergón. O verse como un César cruzando el Rubicón de la historia, dejando atrás la República sin saber muy bien qué imperios encontraría en la otra ribera. Cerrar los ojos y sentirse un Francisco de Vitoria, pensando un

ordenamiento jurídico que pudiese trascender fronteras sin caer en las garras de la fuerza desnuda y la tiranía. Tener como pesadilla a un Napoleón que entendió el cambio de los tiempos como destrucción y disolución. Soñarse, pensarse, atemorizarse y actuar. Eso es precisamente Chateaubriand, el hombre que nació en las riberas bretonas del océano Atlántico como metáfora de un modo de pensar límite entre la vida y la muerte, entre el pasado y el futuro, entre el ser y la nada, la ensoñación y la reflexión. Eso es el romanticismo que fundó François-René de Chateaubriand en la literatura y que le ha concedido los laureles de las musas con los que siempre soñó, pero que le ha impedido ser reconocido como el genio político que fue.

Como personaje bisagra, con conciencia histórica del cambio, su actitud política fue determinante para ofrecer estabilidad política en un momento en el que el desorden fue el terreno abonado para el crecimiento de todas las formas conocidas de despotismo. Su tesis, hoy ampliamente reconocida, fue discutida cuando la expuso. La idea era sencilla, pero no gozó de una aceptación inmediata. Defendió con su fortuna y su prestigio que las constituciones son la mejor manera de navegar por épocas convulsas. Su alternativa es el poder concentrado en una sola persona. Es más probable y, desde luego, lo más frecuente en la historia. El constitucionalismo no solo era algo nuevo, sino que, además, y desde

entonces, ha sido lo más improbable. Eso no fue obstáculo para que fuese la apuesta de Chateaubriand y del conjunto de hombres liberales que alumbró en el continente europeo el trauma posrevolucionario.

Infancia y exilio

Nació en 1768 en el seno de una familia aristocrática venida a menos cuyo prestigio y fortuna hubo de levantar de nuevo su padre con gran esfuerzo.

Chateaubriand se educó en la conciencia de la aristocracia bretona, de suyo independiente, separada genéticamente del centralismo parisino, y rebelde por naturaleza. Hay que imaginarse al rapaz desaliñado corretear por las calles de Saint Malo, su ciudad natal, abrigado por la fortaleza construida para defenderse de los ingleses, proteger a los corsarios y amenazar a las tropas reales que venían del interior. Esa muralla de granito envejecido por el verdín del océano es la viva imagen de una actitud. Por un lado, el sentimiento de amenaza que proviene del otro del Canal de la Mancha. La alerta permanente y el miedo fraguando a golpes el sentimiento de libertad. Por otro lado, las historias de tabernas y noches junto al fuego de unos héroes que hicieron fortuna asaltando barcos enemigos. Los corsarios, piratas con patente de corso, revestidos del aura del pueblo indefenso frente al poder de los ricos. Mitología que hizo del

Atlántico el bosque de Sherwood bretón, y las rutas marítimas como nuestros caminos de bandoleros y asaltantes de carrozas. Los corsarios alimentaron sin duda esa dialéctica del débil frente al poderoso, y el honor del que lo puede perder todo menos la libertad. Y, por último, aquellas murallas del fuerte de Saint Malo, con las troneras abiertas hacia el interior, cuando lo natural hubiese sido que apuntasen al mar amenazante. Troneras que avisaban también al enemigo interior, al poder central y a la corona. Troneras que recordaban al rey que no era más que un "primus inter pares", y que la nobleza bretona no conocía autoridad terrenal superior a ella.

Tres son por tanto los elementos heredados de una genética liberal: la libertad siempre amenazada (Inglaterra), el sentimiento de sospecha hacia los poderosos (los corsarios), y la independencia de la nobleza (aristocracia de espíritu). Nada de lo que será después uno de los defensores del constitucionalismo se entiende sin estos tres cordones que componen el trenzado liberal del siglo XIX.

El exilio: catalizador de sus ideas ilustradas

Al sentimiento aristocrático que conformaba parte del carácter de un liberalismo original, vinculado a su infancia, se sumó el espíritu de la época ilustrada acelerado por su exilio forzado durante la Revolución Francesa.

El siglo XVIII estaba impregnado de una creencia optimista en la naturaleza humana, en la capacidad racional de encontrar soluciones a los problemas humanos, y en la certeza de poder fundamentar en la naturaleza las bases del progreso de la humanidad. Chateaubriand no era ajeno a este espíritu, en cierta manera contradictorio con la tradición localista de la aristocracia bretona.

Se sumó con entusiasmo al progreso de la razón y a las nuevas ideas políticas que recorrían el continente, pero su ímpetu reformista se detuvo cuando vio desfilar por su ventana una cabeza ensartada en una pica. Las luces de la razón se oscurecieron con la sangre del terror. En 1791 tuvo que huir para no correr la misma suerte que su pariente Malesherbes y otros tantos amigos y conocidos.

Así emprendió el viaje hacia América. Camino mitad ilustrado y mitad romántico, hacia lo salvaje. Porque en el oriente idealizado, y en el oeste ignoto, en las civilizaciones antiguas, y en las tribus aisladas, las luces de la razón esperaban encontrar el denominador común de una naturaleza humana incorrupta. Los viajes de Chateaubriand a Jerusalén, o sus incursiones en el conocimiento de los indios natchez, marcan una impronta nueva al viejo liberalismo.

La cultura y las costumbres serán uno de los grandes temas de fondo del pensamiento político ilustrado. El espíritu de la ley, como estableció

Montesquieu con anterioridad, no era un fijo inmutable anclado en la "natura pura", sino el resultado de una relación histórica que por entonces llamaban "carácter de los pueblos" y que, como la virtud de las personas, cambiaba, mejoraba o se deterioraba. Según este enfoque cultural se entendía que las sociedades evolucionaban o degeneraban, y que en ese proceso era determinante la apertura optimista a nuevas culturas. Chateaubriand y el resto de exiliados entendían una Europa abierta, ilustrada, sin fronteras, y con una lengua común. No compartían los excesos jacobinos, y valoraban la tradición, la religión y al rey, pero el entusiasmo de la razón les llevaba a pensar una cultura abierta y universal. Esta forma optimista y confiada de entender la evolución de las sociedades, y una comprensión de la cultura relacional, histórica y abierta, será otro de los rasgos definitorios del liberalismo acuñado a principios del siglo XIX.

El exilio actuó, además, como catalizador del liberalismo constitucional (lo que en la época se llamaba "constitucionalismo") que, de no ser por ella, seguramente hubiese transcurrido de otro modo. El hecho de que la intelectualidad dispersa a lo largo del vasto y aislado territorio francés coincidiese en Londres, en el mismo lugar y al mismo tiempo, tuvo un efecto amalgamador y difusor de las ideas.

El exilio actuó como una verdadera plaza pública que reunió a los

prohombres antirrevolucionarios en un ejercicio constante de debate y reflexión que acabó decantando en un corpus intelectual inspirado por la libertad contra la tiranía. Mme. de Chateaubriand escribió en sus memorias que "las gentes de opiniones contrarias podían verse sin arrancarse los ojos, lo que se volvió imposible con los Borbones. Se veía, por ejemplo, convivir en el mejor de los entendimientos a un republicano con un monárquico". En efecto, en aquellos espacios privados que frecuentaba Chateaubriand convivían personajes tan dispares como Constant, Stäel, Tocqueville padre, Mollé, Fontanes o Bonald. Era el caldo de cultivo para la explosión de ideas que se daría poco después durante la Restauración. Y, aunque acabasen militando en partidos contrarios, había una raigambre común contra el terror y la tiranía que, paradójicamente, había crecido en el exilio.

La Restauración

Con el destierro de Napoleón a la isla de Elba y la restauración de la monarquía en la persona de Luis XVIII comenzaba lo que prometía ser una época de oportunidades para Chateaubriand. Dado que había hecho una oposición tan firme contra el emperador, al que no se cansó de llamar "usurpador", y habiendo colaborado con tanto empeño en la campaña a favor de la monarquía, era razonable esperar algún trato de favor. La realidad fue bien distinta, pues como relata su mujer: "los ultras de entonces,

porque ya los había, no le perdonaron que manifestase en su folleto ciertos sentimientos de libertad pública que obligaron a que luego Luis XVIII tuviese que aparentar estar de acuerdo con ellos". No se trata de una exageración. La influencia del autor de "La monarquía según la carta" fue decisiva para encuadrar al monarca en una postura mucho más inclinada hacia el constitucionalismo de lo que podrían estarlo la mayoría de sus partidarios contemporáneos.

El éxito de sus ideas provocó, paradójicamente, la frustración de sus aspiraciones políticas. Los ultras no le podían perdonar que la Monarquía se hubiese vuelto constitucional. El día que se publicó la composición de la Cámara de los Pares, con sus 154 miembros, Chateaubriand no se encontraba entre ellos. No fue la última vez, ni la más gravosa, en la que le tocó pagar un precio alto por su independencia. La Restauración, a pesar del enrarecimiento de la conversación política, y el fortalecimiento de los muros divisorios, fue un periodo muy rico en ideas que arraigarían posteriormente, y en ese debate sí que la presencia del hombre político fue determinante. Fue en aquel preciso momento cuando se fraguó el liberalismo constitucional, aunque eso no signifique que arraigase pacíficamente en las mentalidades contemporáneas hasta mucho después. En este sentido, Chateaubriand fue un adelantado, cuya labor infructuosa fue la de tratar de convencer a los defensores del Antiguo Régimen de las

bondades del nuevo orden constitucional.

El 27 de noviembre de 1814 publicó "Reflexiones políticas", obra muy influyente en la configuración del constitucionalismo moderno. En ella estableció su credo constitucional y se separó definitivamente del Antiguo Régimen y del absolutismo y, en consecuencia, los partidarios del Antiguo Régimen se separaron de él. Sorprende encontrar allí la síntesis de lo que todavía hoy se puede entender como el corpus doctrinal del liberalismo:

- Rechazo de cualquier utopía: Es imposible restaurar nada porque nunca se puede volver atrás. Como afirmó con rotundo realismo, "en la vida hay que partir del punto al que se ha llegado. Un hecho es un hecho".
- Aceptar el régimen constitucional: La forma de la sociedad había cambiado y el sentir de la época jamás podría coincidir con el poder absoluto otra vez. "Cien veces hemos declarado que el restablecimiento del Antiguo Régimen era imposible, que los elementos de aquel régimen se habían destruido para siempre, que había que seguir el movimiento político del siglo, y que la Carta satisfacía todas las necesidades nuevas". Si la Corona quería conservar el trono, debía aceptar la limitación de su poder.

- El legitimismo: En este punto se producía la ruptura con el jacobinismo revolucionario y con el liberalismo radical. La legitimidad del rey era, a su vez, la legitimidad del régimen.
- Las libertades públicas. Y en este otro punto es donde se producía la fractura más aguda con los legitimistas. La libertad de reunión, de asociación y, principalmente, la de prensa, eran los fundamentos del nuevo edificio constitucional, aunque los realistas entendiesen que más bien eran las grietas que arruinarían la edificación monárquica.

La monarquía según la Carta

En 1815 publicó lo que en la época se conocía como "catecismo constitucional", es decir, un tratado de derecho constitucional. Esta obra, que hoy nos resultaría innegociable por lo razonable y moderado de sus principios, le costó la enemistad con el rey y la pérdida de la confianza política. En ella insistía en los principios asentados en las "Reflexiones políticas" y asentaba el esqueleto jurídico de la Monarquía Constitucional.

En primer lugar, se distinguía entre la acción de reinar y la de gobernar: "el rey reina pero no gobierna". Chateaubriand lo tomó de Constant y lo llevó aún más lejos al asumir que el poder ejecutivo del monarca

debía ser prácticamente nulo. De esta distinción es de la que aún hoy tomamos las figuras de Jefe de Estado y Jefe de Gobierno como poderes diferenciados y separados. Resulta comprensible que entre los legitimistas no cayese demasiado bien esta idea.

En segundo lugar, y en relación con el anterior, criticó con dureza el artículo 14 de la Carta, donde se establecía la prerrogativa real. Entendía que aquel artículo, a través de la función atribuida al Ministerio, recuperaba para el rey el poder absoluto que se suponía que había entregado. La delegación del poder del rey debía ser efectiva y, por tanto, el Ministerio debía quedar sujeto a vigilancia.

En tercer lugar, y en contra de la tradición, propuso un sistema bicameral. En la Cámara Alta estarían representados los grandes del reino y la alta nobleza. En la Cámara Baja la batalla se dio en la ampliación del censo. Chateaubriand peleó con dureza para que el censo electoral se ampliase también a la burguesía, teniendo en cuenta que los derechos activos (ser elegido) estaban entonces restringidos a menos del 1% de la población total.

Y en cuarto lugar, debía existir un poder judicial independiente capaz de administrar justicia.

Es un esquema sencillo: separación de los poderes legislativo, ejecutivo y judicial, y un Jefe de Estado por encima con función simbólica y

moderadora. No obstante, por muy aceptable que nos parezca hoy, para la época resultó tan novedoso y provocador que a Chateaubriand le costó el puesto. La historia le dio la razón, pero ser un adelantado a su tiempo le salió muy caro. Hoy resulta incomprensible que esos principios sonasen tan mal a los conservadores franceses, pero así son los tiempos de la historia, tan diferentes a los tiempos de las ideas.

Su empeño fue explicar a los suyos, a los monárquicos, que la mejor manera de conservar la Monarquía era defendiendo las libertades constitucionales, pero no tuvo éxito en su empeño, aunque el tiempo le dio la razón. Los partidarios del Antiguo Régimen creyeron que la mejor manera de conservar el poder era fortaleciéndolo y no aceptaban, en su rígido dogmatismo, el argumento contraintuitivo de Chateaubriand y los liberales moderados que sostenían que la mejor manera de conservar el trono era liberándolo de responsabilidades.

Conclusión.

El duque de Broglie dijo: "Ha sido Benjamin Constant el que ha enseñado el gobierno representativo a la nueva nación, mientras que es Chateaubriand el que se lo ha enseñado a la emigración y la nobleza". Entre las dos tareas, la de Constant y la de Chateaubriand, no cabe duda de que la más meritoria fue la segunda, pues siempre es más sencillo convencer a los otros que a los tuyos. Como es natural, la gloria se la llevó Constant, pero el constitucionalismo no hubiese arraigado pacíficamente en Francia si no hubiese sido por la labor de Chateaubriand.

En esta tarea silenciosa, poco reconocida, y en la que la probabilidad de ser recordado como traidor es más alta que la de recibir los laureles, es en la que destacó Chateaubriand, al que el destino le otorgó la responsabilidad de convencer a los suyos de las bondades de las libertades.

Para saber más:

Memorias de ultratumba.

Ensayo sobre las revoluciones (<https://www.cervantesvirtual.com/obra/ensayo-sobre-las-revoluciones-1064423/>)

La monarquía según la carta (<https://www.cepc.gob.es/publicacion-es/monografias/de-la-monarquia-segun-la-carta-6>)

Recomendable este sitio:

<https://www.societe-chateaubriand.fr/>

Sobre Chateaubriand:

<https://www.dykinson.com/libros/la-monarquia-constitucional-principios-del-estado-liberal-segun-chateaubriand/9788491483434/>

Síguenos en



info@civismo.org
www.civismo.org

© Fundación Civismo, Fundación Ortega-Marañón, Fundación Konrad Adenauer, Club Tocqueville y todos los autores.